

y lejos de recomendarlo, informaron al rey detalladamente de sus detestables condiciones. El padre Villagómez mirándose ya en su imaginación con la mitra y el báculo, abandonó irreflexivamente el curato de Valladolid, dejando esta villa sin clérigo alguno que la administrase, y en el primer buque que salió de Campeche, se embarcó para España, cargado de su tesoro de exposiciones y cartas, en que se suplicaba al rey que lo presentase para obispo de Yucatán. Afortunadamente los informes de los religiosos llegaron á tiempo, y el rey Don Felipe II, que en la elección de obispos, fué ordinariamente muy discreto, supo descartar las pretensiones de este fraile, cuyo nombramiento hubiera sido una verdadera calamidad en Yucatán.¹

¹ *Cartas de Indias*, pag. 72.

CAPITULO XXII.

Predicación de la doctrina cristiana en los cacicazgos de Akinpech, Acanul, Chakan y Ceh-Pech.—El Adelantado Montejo hace una convocación general de caciques en Mérida.—El padre Villalpando predica ante ellos en lengua maya.—Fundación de la primera escuela en Mérida.—Conversión de los caciques de Cauce, Zitpach, y Chixculub.—Los misioneros en Maní predicán sobre la libertad de los esclavos.—Los propietarios de esclavos se enfurecen, y traman una conspiración secreta para asesinar á los religiosos.—Grave peligro de muerte en que estos se vieron. Son salvados por la oportuna llegada de soldados españoles.—El cacique de Maní, Kukumxiu, se indigna contra los conjurados y los manda prender.—Son aprisionados veintisiete cabecillas, y enviados á Mérida. Se les juzga sumariamente y se les condena á muerte.—El padre Villalpando pide el indulto de los culpables.—Vuelve á Maní, y es recibido con grandes regocijos.—Evangelización del cacicazgo de los Cheles.—Fundación de la iglesia de Izamal.—Metodo de instrucción religiosa.—El padre Nicolás de Albalate vuelve de su misión á España con cinco religiosos.—Celebración de la primera asamblea de religiosos franciscanos en Yucatán.—Es electo superior Fray Luis de Villalpando.—Fray Juan de la Puerta es nombrado procurador en la corte de Madrid, y se embarca para España.—Es electo obispo de Yucatán.—Su muerte en Sevilla.—El primer Dean de la catedral de Mérida.

Dejamos al padre Villalpando ocupado en catequizar á los indios de Akinpech, Kinlakan y Calkiní¹ que ahora son barrios de la ciudad de Campeche, en tanto que el Adelantado Montejo subía á Mérida á sobrevigilar la campaña iniciada contra los indios orientales.

Bautizado el cacique de Campeche, resolvió el

¹ Este pueblo de Calkiní se llama hoy barrio de Santa Lucía y no debe confundirse con otro pueblo del mismo nombre que hasta ahora existe en el Estado de Campeche. Véase á Cogolludo. tomo I, pag. 379.

padre Villalpando extender sus tareas á los pueblos de Ucumal, Yaxhá, Chulul, Tixmucuy, Tixbulul, Zamulá y Hampolol, y á otras innumerables rancherías que abundaban en las sierras circunvecinas; mas antes de salir, cuidó de escribir á la real Audiencia de México, al comisario general de la orden franciscana en España, y á Fray Toribio de Motolinia en Guatemala, informándoles del establecimiento de la misión. Cumplido este deber, salió á pié de Campeche, y se internó en la serranía inmediata en busca de los indios que vivían allí diseminados: visitó muchas rancherías, entró en relaciones con sus habitantes y dulce y afablemente fué persuadiendo la conveniencia de abandonar sus selváticas moradas, bajar á los llanos y establecerse en los pueblos ubicados al pié de la cordillera: así se aumentó la población de Tenabo, Hecelchakán y Calkiní: los indios seducidos por las razones del misionero acabaron por convencerse de que les era más cómodo establecerse en los llanos; que no vivir aislados entre los riscos de la montaña, vivir congregados en poblaciones grandes, que no andar esparcidos por los bosques: la vida se les haría más llevadera y la enseñanza de la doctrina cristiana se podría verificar más fácilmente y con mayor fruto, pues reunidos los indios en grandes centros, podrían ser instruidos al mismo tiempo por un solo misionero, en tanto que diseminados, necesitaban mayor número de predicadores, que en viajes y cambios de lugar, consumirían su fuerza y alientos.

Viéndolos congregados en pueblos, el padre Villalpando comenzó á instruirlos con inagotable

paciencia y perseverancia cual si se tratara de niños á quienes hay que repetir las primeras nociones de la ciencia, hasta grabarlas en sus tiernas inteligencias: hízoles construir iglesias, en donde se reuniesen periódicamente á escuchar la instrucción religiosa y la enseñanza moral, y los informó en todas las prácticas y hábitos de hombres civilizados; y como todo esto lo hacía sin violencia, por medios persuasivos y respirando caridad, llegó á captarse la confianza y simpatía de los indios, que veían en él un amigo sincero, un protector decidido: se apresuraban á seguir sus indicaciones, á poner en práctica sus consejos, no solamente en el orden espiritual, sino también en asuntos temporales. La conversión de los indios de los cacicazgos de Akinpech y Acanul fué rápida: en ocho meses se bautizaron como veinte mil adultos.¹

Los padres misioneros que estaban en Mérida, tampoco estaban cruzados de manos, y antes aun de dominar la lengua maya, predicaban sirviéndose de intérpretes, y luego que la aprendieron, deleitaron á los indios haciéndoles escuchar las doctrinas evangélicas, traducidas con toda la expresión, naturalidad y vigor de su lengua nativa.

El superior de los franciscanos que vivía en Mérida, dispuso que los padres Benavente y Bienvenida fuesen á Campeche, y que el padre Villalpando y Fray Juan de Herrera viniesen á Mérida, acaso porque se quería aprovechar las felices disposiciones que este había mostrado en la enseñanza de los niños y aquel en predicar á numerosos

¹ Cogolludo. *Historia de Yucatán*, tomo I, pag. 412.

concursos de gente. Luego que el padre Villalpando estuvo en Mérida, Fray Juan de la Puerta y el Adelantado Montejo deliberaron acerca del medio más expedito de dar vivo impulso á la obra de la conversión de los indios, y después de pensarlo bien, decidieron convocar á todos los caciques á Mérida con objeto de presentarles y recomendarles á los religiosos, y exhortarlos á escuchar benévola-mente sus enseñanzas y apoyarlas entre sus subordinados. Así se hizo, y conforme iban llegando los caciques á Mérida, el adelantado los enviaba á casa de los religiosos á fin de que los viesen y tratasen con ellos, y la frecuencia de las relaciones hiciese nacer la amistad y la confianza. Los religiosos conocedores de la lengua maya conversaban cordialmente con los caciques, y naturalmente, estos se aficionaron mucho al trato y compañía de los religiosos y frecuentaban su morada en los días que permanecieron en Mérida: admiraban el tosco sayal que vestían, su pobreza, su frugalidad y la franqueza y amor que les mostraban. Tan pronto como estuvieron reunidos en Mérida la mayor parte de los caciques, se celebró una solemne asamblea á que todos ellos asistieron y que fué presidida por el Adelantado Montejo y Fray Juan de la Puerta. En ella predicó en lengua maya el padre Villalpando arrebatando á los indios sorprendidos agradablemente de oírle expresarse con propiedad y corrección en su lengua nativa. Esta circunstancia acabó de conquistar el corazón de la mayor parte de los caciques ufanos de oír al misionero explicarse en la lengua querida de sus antepasados. Pocos fueron los que escucharon con ojeriza las pa-

labras del sacerdote español, y en ellos era explicable, por ser además de caciques sacerdotes idólatras que con la introducción del cristianismo se veían amenazados en sus intereses temporales. Estos, aunque aparentemente no osaron mostrar ninguna señal de desagrado, en su interior protestaban contra la introducción de la nueva creencia. Al concluir el sermón, el padre Villalpando invitó á todos los caciques á que enviasen sus hijos á Mérida á una escuela que había abierto en el monasterio Fray Juan de Herrera, y en la cual se enseñaba á leer, escribir, cantar y la doctrina cristiana.

Fray Juan de Herrera, aunque lego, era un hombre inteligente: escribía á la perfección, sabía cantar, tocar el órgano, era arquitecto y desempeñaba el magisterio con habilidad. Había aprendido ya la lengua de los naturales, y se dedicó durante veinte años¹ á enseñarlos á leer y escribir en maya: ya en Campeche había abierto otra escuela semejante á la que acababa de abrir en Mérida, y en todas las que dirigió durante todo el tiempo que permaneció en Yucatán tuvo discípulos muy aprovechados. La costumbre que guardaron los religiosos de establecer una escuela junto á cada monasterio, hizo, que en Yucatán, durante la época colonial, no hubiese pueblo en que faltasen indios que leyesen y escribiesen la lengua maya con destreza, de la cual hasta hoy conservamos modelos en los documentos de actos y contratos que aun se leen en los archivos municipales.

Los caciques contestaron á la invitación del pa-

¹ *Cartas de Indias*, pag. 775.

dre Villalpando, ofreciendo enviar á sus hijos á recibir la instrucción que generosamente se ponía á su alcance; pero, unos cumplieron fielmente su oferta, en tanto que otros enviaron en lugar de sus hijos á los hijos de sus criados. Fué que estos caciques refractarios se intimidaron por la maliciosa voz que los sacerdotes de los ídolos hicieron correr de que los misioneros pedían á los niños para matarlos y comerlos. No poco trabajo costó á los religiosos deshacer esta patraña y desarraigarla del ánimo de los indios crédulos. La escuela de Mérida sin embargo se desarrolló rápidamente y pudo reunir más de dos mil niños bajo la dirección hábil y bondadosa del padre Herrera. El método que éste siguió con ellos, fué de lo más suave y paternal: los mantenía á pupilage proporcionándoles alimentación agradable y sana, habitaciones cómodas, y los colmaba de cuidados con los cuales no echaban de menos los del hogar: les enseñó á leer, escribir y cantar y luego que fueron mayores volvieron al lado de sus padres, y á su vez se convirtieron en maestros que ayudaron eficazmente á la civilización de sus paisanos.

Extendieron los religiosos sus predicaciones á los cacicazgos de Chakán, Ceh-Pech y Zipatán, los más cercanos á Mérida: y yendo de pueblo en pueblo, exhortaban de viva voz á los indios y los instruían en los principios fundamentales de la fé cristiana: recorrían las poblaciones á pie con un crucifijo en la mano, persuadiendo á los mayas que no había otra religión verdadera sino la de Jesucristo, y que era tiempo de abandonar para siempre la idolatría con sus vanos simulacros: mostraban especialmente su caridad y compasión con los enfermos y necesita-

dos, y no pocas veces cargaban á cuestas con los dolientes y los trasladaban á lugares más cómodos y salubres. No pedían dinero, ni efectos, ni tampoco exigían ningún trabajo personal; aceptaban con agrado los alimentos pobres que los indios les ofrecían, y á menudo, su única alimentación era pan y bebidas de maíz y frutas silvestres. Esta predicación apoyada por ejemplos de virtud tan heroica de abnegación y desinterés no fué estéril; pronto empezó á dar frutos copiosos, tras de la simpatía que engendraba el trato y obras de aquellos virtuosos varones, vino el gusto de oírlos, la inclinación á seguir sus consejos y el convencimiento de la verdad de las doctrinas que enseñaban con tanta dulzura como convicción. Los caciques fueron los primeros en convertirse al cristianismo tornándose luego en auxiliares celosísimos de la cristianización de sus súbditos. Entre las más notables conversiones se cuentan las de los caciques de Caucel, Zitpach y Chixulub: la del cacique Euan de Caucel hizo gran ruido por la fama de inteligente y sabio que gozaba y por ser sacerdote de ídolos, y el jefe principal del cacicazgo de Chakán: su bautizo revistió especial solemnidad y el Adelantado fué su padrino, motivo por el cual se llamó en adelante D. Francisco Euan.

Quiso el Adelantado que los misioneros fuesen á Maní á predicar el cristianismo, y obsequiando sus deseos los padres Villalpando y Benavente, se pusieron en camino con un báculo en la mano; y un capote de pieles sobre el hábito de burda bayeta. El viaje fué demasiado molesto y desabrido por veredas angostas, pedregosas y pobladas de ga-

ranchos. De día el sol derretía los sesos, el calor hacía derramar arroyos de sudor, y ni aun se mitigaba la pena con el soplo de la brisa en la tarde, porque lo tupido de la selva impedía la corriente libre del viento: por la noche reposaban acostados sobre la tierra en chozas miserables, y temprano en la madrugada se levantaban á seguir su camino. Llegaron á Maní á fines del año de 1547: fueron recibidos con beneplácito, y, viendo tan buena acogida, decidieron empezar sus trabajos. De acuerdo con Kukum-Xiu, cacique de Maní entonces, convocaron á todos los caciques subalternos y á toda la gente principal del cacicazgo á una grande asamblea en Maní. La invitación del jefe principal surtió efecto admirable, pues el día marcado se celebró la junta con grande afluencia de gentes de todas clases. Aprovechando el padre Villalpando tan brillante oportunidad, tomó la palabra y explicó elocuentemente el objeto de su viaje, patentizando con vivos colores y fundados argumentos todos los beneficios que iban á reportar con su conversión al cristianismo: acabó solicitando calurosamente que le ayudasen voluntariamente á construir una iglesia y una casa que sirviese de habitación á los religiosos. Se captó de tal modo la simpatía de sus oyentes, que con espontaneidad nacida del corazón se pusieron á trabajar la iglesia y el monasterio, y los mismos religiosos se quedaron pasmados de la prontitud con que los dos edificios se levantaron. Fueron los indios en partidas al bosque cercano, y trajeron todo el maderamen y paja necesarios, y en breve estuvieron listos el monasterio y el templo al gusto y satisfacción de los misioneros: éstos los bendijeron

con solemnidad, y resolvieron permanecer en Maní durante algún tiempo, abrieron la escuela en la misma forma que la de Mérida y de Campeche, y con el mismo método suave y persuasivo, pues es notable que de estos primeros religiosos que vinieron al país todos se distinguieron por su mansedumbre, bondad y acendrado amor á los indios. Los niños de Maní se encariñaron con sus maestros, y de esto se verá una prueba en la intervención que tuvo uno de ellos en salvarlos de la muerte.

A la vez que se instruía á los niños en la escuela, se enseñaba á los adultos los principios fundamentales de la fe cristiana y de la buena moral; hubo, sin embargo, un tropiezo que por poco da al traste con la misión. La pasión del interés siempre ha sido rémora del progreso moral, y esta vez lo fué como siempre, porque enseñando los misioneros las virtudes y vituperando los vicios, no pudieron menos que condenar enérgicamente el vicio de la esclavitud muy arraigado entre los mayas. El abuso era tan grave que á veces la muerte de un padre de familia era el signo luctuoso de servidumbre para todos sus hijos menores de edad: el que mas podía los arrebatava para sí, los hacía sus esclavos, y los vendía sin piedad: los huérfanos eran una presa tan codiciable que los poderosos se mataban por disputarse la preferencia.¹ Tan odiosa iniquidad contra el derecho natural no podía pasar inadvertida á los ojos de los misioneros que en materia de libertad del hombre defendían teorías que actualmente se tienen como conquistas del progre-

¹ *Cartas de Indias*, pag. 78.

so moderno. Tronaron, pues, desde el púlpito declarando sin ambages que aquel procedimiento era un atentado detestable ante los ojos de Dios, que la esclavitud era injusta, como ilícito era que los señores se sirviesen de aquellos hombres como esclavos; que era ineludible restituirles la preciada libertad, y que nadie podía recibir el insigne honor del bautismo si persistía en detentar injustamente la libertad á sus hermanos.

La codicia de los propietarios de esclavos se alarmó con este lenguaje; ninguno de ellos se avino á soportar el deshacerse de una propiedad en que cifraban gran parte de su bienestar; cuantos más esclavos tenían, menos toleraban que se les hablase de renunciar á este ramo de su riqueza, y antes que perderla, preferían no hacerse cristianos y desviarse de una creencia que les amenazaba con la pobreza y el despojo de la propiedad. Siguiendo el sesgo natural de la pasión, no solamente sintieron desvío de la doctrina, sino que se engendró en ellos un aborrecimiento contra los que pretendían imponerles como deber de conciencia el desprenderse de sus esclavos: resentidos, enojados, buscando cómo librarse de aquella amenaza que les escocía, decidieron deshacerse de los religiosos quitándoles la vida: con este paso creían librarse de seguir escuchando aquella voz que les amonestaba cesasen en su iniquidad.

No queriendo errar el golpe, tramaron en secreto la conjuración, con el propósito de quemar la iglesia y el monasterio de noche, mientras los religiosos dormían, á fin de que ellos también pereciesen quemados. El cacique Kukum-Xiu estaba au-

sente de Maní, y así los conjurados no tuvieron ningún obstáculo en la realización de su alevoso designio.

La noche designada para consumar el crimen, era la del 27 al 28 de Septiembre de 1548. ¹ La víspera de la ejecución, uno de los discipulitos de los misioneros trascendió en su casa lo que se tramaba contra sus maestros, é impulsado por el amor que les tenía, se fué presuroso al monasterio con intención de revelarles el serio peligro que corría su existencia.

El primero con quien se encontró fue el padre Villalpando, y encarándose con él, en tono melancólico y con aire pensativo, le dijo: «Padre, ¿qué es mejor, vivir ó morir?». El padre Villalpando le contestó ingenuamente: «Hijo, mejor es vivir que morir; porque el vivir es cosa natural, y el morir lo adquirimos por herencia del pecado.» A esto replicó con viveza el niño: «pues, padre, si quieres vivir, huyete, porque les van á matar, y esta noche les quemarán con la casa y la iglesia, si están Uds. aquí.»

Tamaña revelación, y sabida de improviso, sobrecogió al padre Villalpando; pero repuesto de su primera impresión, fué á comunicarla al padre Benavente, y á deliberar lo que harían. El padre Benavente se consternó horrorizado de morir víctima del fuego; mas considerando la serenidad de su compañero y la fortaleza con que se resignaba al martirio, se confortó y siguiendo su ejemplo, ambos se resolvieron á hacer el sacrificio de su vida esperando en el monasterio el desenlace de aquella ho-

¹ Cogolludo. *Historia de Yucatán*, tomo I, pág. 422.

rrible tragedia: pasaron inmediatamente á la iglesia y allí, arrodillados delante de una imagen de Jesucristo crucificado, se entregaron en manos de Dios, como víctimas destinadas irremediablemente al suplicio: se prepararon valientemente á morir confesándose y orando, y esperaron tranquilos que viniese la noche. El comportamiento de los indios corroboraba la noticia recibida: ninguno se presentó en el monasterio, las calles estaban desiertas y un silencio pavoroso reinaba en el pueblo: era que las familias se habían retirado al bosque, y que en las afueras de la población debían reunirse los conjurados y luego venir á consumir su felonía.

A la caída de la noche, con la oscuridad que aumentaba la soledad y el silencio, arreció la tribulación de los misioneros que, aislados en su casa, veían acercarse minuto por minuto la tormentosa muerte que les aguardaba: mutuamente se consolaban y fortalecían con palabras y pensamientos tomados de la sagrada escritura; mas á las nueve de la noche, notando que ni el más leve rumor interrumpía el sosiego, ni una sola luz disipaba las densas tinieblas, el padre Benavente comenzó á sentir renacer la esperanza en su corazón, indicando que tal vez todo hubiese sido un engaño refinado, con intención de atemorizarlos. El padre Villalpando, receloso todavía, no consentía en creer disipado todo riesgo, y seguía exhortando á su hermano á tener fortaleza y á recibir el martirio con serenidad. En estos coloquios estaban, cuando al dar las once de la noche oyeron gran estruendo y gritería de indios que se acercaban al monasterio: había llegado el instante supremo, no había que dudarle: los atri-

bulados misioneros abrieron el postigo de la ventanilla, y sacando la cabeza, atisbaron por dónde se escuchaba el estrépito de pasos, voces y desentonados gritos: ¡qué habían de ver? un espectáculo capaz de espeluznar al más valiente: una multitud de indios en confuso tropel, medio desnudos, con las caras pintarrajeadas de amarillo y azul, llevando en las manos tizones, rústicas hachas de viento, ó armados de flechas, arcos, dardos, lanzas y otros instrumentos de muerte. Se apartaron del postigo y empuñando con ambas manos un crucifijo, arrodillados sobre el duro pavimento, empezaron á rezar las oraciones de los agonizantes, ratificando su voto de ofrecerse en sacrificio por la salud espiritual de sus verdugos: á las oraciones de los religiosos hacían coro por fuera los denuetos y oprobios lanzados sin cesar por innumerables bocas desenfundadas: los alaridos se escuchaban casi ya á las puertas de la casa, y los misioneros, concluidas sus oraciones, se mantenían en el más perfecto encierro y silencio; sin embargo, ninguno de los indios se había acercado á incendiar la casa, y se observó que la gritería fué calmando y alejándose insensiblemente hasta extinguirse por completo: volvió á quedar el pueblo sumido en el sosiego, y los padres, sin saber explicarse la causa de tan repentino cambio, empezaron á rezar su oficio de maitines. A poco resonaron en el pavimento de la plaza del pueblo las pisadas de caballos que venían galopando rumbo al monasterio, se les oyó detenerse en el umbral de la puerta, se escuchó el ruido de las espuelas de los ginetes que desmontaban, voces, el eco del habla castellana, luego golpes redoblados en la puerta de la casa: los mi-

sioneros se levantaron llenos de alborozo: habían oído voces amigas, y se apresuraron á abrir y recibir á quienes tan oportunamente llegaban en su auxilio.

Era un piquete de soldados españoles que se dirigían á Peto, y que, de paso para este pueblo, quisieron descansar en Maní. La coincidencia fué salvadora de los religiosos que no disimulaban su alegría al dar la bienvenida á sus paisanos; no quisieron, no obstante, meterlos en zozobra, y se guardaron de revelarles al punto el aprieto en que se habían encontrado; les recomendaron tan sólo que pusiesen centinelas, y los invitaron á reposar de las fatigas del viaje: así lo hicieron los soldados, y en tanto que ellos se entregaron al reposo, los religiosos se dirigieron al templo, hondamente conmovidos, á dar gracias fervientes á Dios que los había librado de las garras de la muerte.

A la mañana siguiente, ya que el sol brillaba en el levante, llamaron á misa; mas en vano la campana tañía; ni un solo habitante del pueblo acudía á la iglesia, y los soldados notando esta circunstancia y la soledad que reinaba en la población, empezaron á sospechar que algún suceso grave había acontecido en la localidad. La narración que escucharon de los labios del padre Villalpando tornó las presunciones en realidad: en esto, el padre Villalpando acertó á descubrir la cabeza de un niño vivaracho y simpático que estaba como atisbando á los circunstantes. Fray Luis reconoció al niño aquel que tan á tiempo le había avisado la trama que se urdía contra su vida, y llamándole tierna y cariñosamente, le abrazó y le bendijo: «Padre, que

vivo estás, le dijo el niño; ahora digo que tu Dios es muy grande y poderoso; mis padres se han ido al monte para librarse de estos españoles, y por verte á ver me huí de ellos; me alegro mucho de hallarte vivo, aquí me quiero quedar contigo.» No pudo el padre Villalpando dominar la emoción y enternecimiento que le sobrecogió oyendo expresarse con tanta ingenuidad al niño, le tomó en sus brazos, y le bendijo de nuevo acariciándolo con el más acendrado amor paternal.

Oyendo lo que había pasado, el jefe del piquete no creyó prudente seguir su viaje á Peto dejando á los religiosos en peligro de ser asesinados, ni tampoco le pareció discreto llevarlos consigo: juzgaba que el atentado no debía pasar inadvertido sino que se debía castigar severamente á los delinquentes: decidió permanecer en Maní y comunicar rápidamente al Adelantado lo que había pasado. Sabido el suceso en Mérida, todos admiraron la oportunidad de la llegada de los soldados á Maní, y más cuando se supo que la causa de haber sido despachados á Peto había resultado falsa, pues se había dicho que algunos indios de Peto se habían sublevado, y al primer rumor que corrió se había enviado aquel piquete de soldados á sofocar la sublevación, y éstos por una feliz coincidencia, en vez de ir por Tekax, quisieron pasar por Maní, y con este cambio de ruta salvaron á los religiosos. El Adelantado, temeroso de que aquel hecho fuese el principio de una nueva insurrección, á prisa envió auxilios á Maní con órdenes de que se aprehendiese á los principales culpables.

Mientras este refuerzo llegaba á Maní, el ca-

cique Kukum-Xiu, que por aquellos días estaba ausente de la capital de su cacicazgo, supo la iniquidad que sus súbditos pretendieron cometer, y se trasladó con celeridad á su pueblo: impuesto de todos los detalles, se llenó de indignación, y fué á visitar á los religiosos, los colmó de satisfacciones, y se propuso castigar á los autores del desorden. Cuando las órdenes del Adelantado llegaron, ya veintisiete indios, que resultaban responsables en primer grado de la asonada, estaban presos en la cárcel pública; todos los entregó al jefe español, y, con estricta sujeción á las instrucciones recibidas, fueron despachados con fuerte escolta á Mérida.

El padre Villalpando al momento coligió que aquellos desdichados iban á pasarlo muy mal, y que no se escaparían de la pena de horca: se condeñó de su suerte, y se propuso acompañarlos y presentarse al Adelantado pidiendo por ellos gracia. Así lo verificó, siguiendo las mismas jornadas que los presos, caminando á pie como ellos, y alimentándose al igual de los soldados. Los prisioneros estaban atónitos viendo al que quisieron quemar vivo esforzándose en mitigarles sus penas, y creció más su admiración al ser testigos de que no descansó hasta salvarles la vida.

Llegados los delincuentes á Mérida fueron juzgados breve y sumariamente y sentenciados á la pena de ser quemados en la plaza pública. Apenas lo supo el padre Villalpando, fué á visitar al Adelantado, y le pidió les concediese la gracia de indulto. El Adelantado consintió en perdonarlos; mas como era preciso impresionar no solamente á los delincuentes, sino á los indios todos con un espec-

táculo que les hiciese comprender con fuerza y viveza la enormidad del delito y la magnanimidad del perdón, se acordó que fuesen llevados al lugar del suplicio, y que allí en público, y á la vista de los instrumentos de la muerte, se les indultase.

La sentencia se publicó, se fijó día para la ejecución, promulgándose por bando y voz de pregonero al son de clarines y tambores, y con todo el aparato de la fuerza militar. El día fijado había un gran concurso de indios ansiosos de presenciar aquel espectáculo tan nuevo como horripilante para ellos: todos los españoles estaban sobre las armas, y formaban un cuadro en cuyo centro ardía una grande hoguera que el verdugo incesantemente alimentaba con leña que tomaba de un gran rimero que junto á la hoguera había. Traídos los delincuentes, fueron amarrados de pies y manos, y listos ya á ser arrojados al fuego, el Adelantado dió la señal suprema de la ejecución; en este instante, el padre Villalpando se acercó violentamente al Adelantado, y postrándose de hinojos á sus plantas, le suplicó hiciese gracia de la vida á los reos, alegando que estaban arrepentidos de su crimen. El Adelantado, accediendo á la súplica, no solamente les perdonó la vida, sino que los indultó de toda pena y los entregó al religioso: éste, lleno de regocijo, se inclinó sobre los reos, y empezó á desatarles sus ligaduras, invitándolos á seguirle al monasterio. Saltábale á los reos el corazón de gozo y de gratitud, y se deshacían en muestras de afecto para con su salvador; hacíanles coro todos los demás indios del concurso, y todos juntos llevaron en triunfo al padre Villalpando á su convento. Este hecho popula-

rizó mucho al humilde religioso, y le atrajo grande prestigio é influencia entre los indios: le respetaban, le obedecían, y en cualquier tribulación acudían á él solícitos, pensando hallar todo remedio: este prestigio lo aprovechó para convertirlos al catolicismo al calor de su palabra y de su caridad.

Alcanzado el indulto de los indios, volvió el padre Villalpando á Maní á contiunar sus trabajos de enseñanza y predicación. Imagínese el júbilo con que sería recibido por todo un pueblo recientemente movido por la patética narración de los indultados que se hacían lenguas en alabanza de su libertador: todos á porfía le prodigaron agasajos, se hicieron fiestas públicas, y el cacique y los indios principales con numeroso concurso del pueblo salieron á recibirlo, llevando ramos de olorosas flores.

En todos encontró el religioso docilidad, y le fué muy fácil entonces persuadir á los señores que renunciasen á sus esclavos y les diesen libertad. Un gran número pidieron y recibieron el bautismo después de ser instruídos en los principios fundamentales de la fe cristiana, y entre ellos el mismo cacique, que en la pila bautismal tomó el nombre de Francisco en obsequio del Adelantado, y que trocó así su nombre gentilico de Kukum-Xiu, en el de D. Francisco Montejo Xiu. Fué desde entonces costumbre conceder á los caciques el título de Don, permitirles vestirse á la española, y montar á caballo como cualquier caballero español.

No solamente á la sierra extendían sus trabajos los religiosos, sino también al cacicazgo de los Cheles: fueron á Izamal, y fundaron también allí

iglesia y monasterio: con este tenían ya cinco establecimientos: en Kimpech, en Mérida, en Maní, en Conkal y en Izamal. En todos estos lugares pusieron en práctica la predicación á los adultos en el templo, la enseñanza diaria de la doctrina cristiana á los niños, y establecieron una escuela para aprender á leer, á escribir y á cantar.¹

La enseñanza de la doctrina cristiana se hacía dividiendo cada pueblo en barrios ó parcialidades, y á cada barrio ó parcialidad se asignaba un anciano encargado de reunir todas las mañanas á los niños y llevarlos al templo: todos los días después de salir el sol, los ancianos salían de la iglesia llevando en las manos una cruz mediana levantada en alto como estandarte, y se dirigían cada uno á su barrio: yendo de casa en casa, llamaban á los niños, y poniendo á un lado los varones y á otro lado las hembras, los ordenaban en procesión, y cantando las oraciones se encaminaban al templo. Reunidos todos, un religioso iba repasando la doctrina cristiana hasta que llegaba la hora de la misa: periódicamente el sacerdote los examinaba, al efecto de conocer su grado de instrucción; y después de algunos años de asistencia diaria, ya que el sacerdote estaba satisfecho de su instrucción religiosa, los despedía á fin de que los varones acompañasen á sus padres en la agricultura y las muchachas á sus madres en los oficios mujeriles; sus padres se encargaban entonces del cuidado de hacerles repetir la doctrina cristiana y rezar con ellos las oraciones de la mañana y de la noche.

¹ Cogolludo, *Historia de Yucatán*, tomo I, pag. 370.—*Códice Franciscano*, de D. Joaquin Garcia Icazbalceta, pag. 64.

La escuela estaba destinada á la instrucción de los niños hijos de caciques, indios principales ó nobles. También se les recogía diariamente junto con los demás en el templo; pero después del repaso de la doctrina cristiana se les retenía en un edificio contiguo á que se les enseñase á leer y á escribir; se les despedía antes de medio día, y volvían á la escuela por la tarde.

En el mismo edificio de la escuela, ó en el templo, se reunían diariamente varios indios adultos, á quienes los religiosos enseñaban el canto y música, y llegaron así estos á tener capillas de cantores. Empesaron por ejercitarlos en el canto llano y en tañer flautas y chirimías, y luego introdujeron el órgano, los violines y aun las dulzainas: todos estos instrumentos los aprendieron á tocar los indios con singular perfección y maestría.

La instrucción religiosa de los adultos estaba sujeta á una forma análoga á la de los niños, con la distinción de que no se les obligaba á asistir diariamente al templo: los domingos y días de fiesta se reunían en el patio de la iglesia ó en la plaza pública si el concurso era muy numeroso, y se dividían en fracciones para sufrir la inspección del cacique y de sus subalternos, quienes celaban que nadie faltase sin justa causa á la instrucción religiosa. Acabada la inspección, entraban á la iglesia y se sentaban por un lado los hombres, y por el otro las mujeres, y repasaban la doctrina cristiana en voz alta: en seguida un religioso les predicaba en lengua maya, y terminado el sermón se decía la misa: á veces los religiosos se auxiliaban en la explica-

ción de la doctrina cristiana con pinturas que exponían y explicaban detalladamente.

A las dos de la tarde la campana llamaba de nuevo al templo; mas á esta hora, la concurrencia era principalmente de mujeres: se predicaba y se cantaban himnos religiosos con acompañamiento de instrumentos músicos. El cacique y los regidores indios eran puntualísimos en asistir tanto á los oficios de la mañana como á los de la tarde.

En Agosto de 1548, la misión de religiosos que trabajaba en Yucatán fué reforzada con seis sujetos que vinieron con la misma abnegación que los primeros fundadores. El padre Nicolás de Albatate, que, como recordarán nuestros lectores, fué enviado á Madrid como procurador de la colonia, volvió trayendo consigo á Fray Alonso de Alvarado, Fray Diego de Landa, Fray Francisco de Navarro, Fray Antonio de Baldemoro, Fray Antonio de Figueras y Fray Pedro de Noriega: desembarcaron en Campeche y pronto la noticia de su llegada se esparció por todo el país, causando alegría general. El padre Villalpando, que estaba en Maní, dejó inmediatamente su residencia, y tomó el camino de Campeche para ir á dar la bienvenida á sus hermanos; pero, por más diligente que anduvo, como todos sus viajes los hacía á pie, apenas pudo alcanzarlos en uno de los pueblos del tránsito, entre Mérida y Campeche, y juntos todos siguieron hasta la capital en donde se les hizo un recibimiento entusiasta: el Adelantado en persona salió á caballo, en compañía de todo el cabildo y de los capitanes más renombrados, por el camino de Cibikal á recibirlos: fueron

también de la comitiva casi todos los españoles vecinos de Mérida y un gran número de indios.

Aun no se había construido el grande edificio que después cobijó á los franciscanos en Mérida; apenas poseían una modesta iglesia de paja y una miserable casa en el cerro principal del oriente, en la cual no podían caber todos los religiosos recién llegados, así que tuvo que aposentarlos el adelantado Montejo en su casa de la plaza mayor, y allí permanecieron hasta que se distribuyeron en los cinco monasterios que poseían en la península.

No habían descansado de su viaje, cuando ya el padre Villalpando puso en sus manos el arte de la lengua maya que había compuesto á fin de facilitar el estudio de la lengua de los naturales: empeñólos á estudiarla profundamente y hacerse diestros en su manejo, pues de otra manera no era posible que sus trabajos diesen fruto. No fueron sor-dos ni morosos á las activas solicitudes del padre Villalpando, pues todos aprendieron la lengua maya con perfección, y en breve se encontraron aptos para ejercer el ministerio de la divina palabra. El que mayores y más pasmosos adelantos hizo en la lengua maya fue el padre Landa, quien después de corta permanencia en Yucatán, la hablaba y predicaba con tanta perfección como su lengua nativa: de discípulo se convirtió en maestro, reformando y aumentando el arte de la lengua maya compuesto por Fray Luis de Villalpando, que corriendo los años fué recopilado y publicado por Fray Juan Coronel.¹

¹ Cogolludo. *Historia de Yucatán*, tomo II, pág. 460.

El padre Albalate, que en su misión á España llevó, entre otros objetos, el de que se nombrase obispo propio á Yucatán, trajo, al volver, la fausta nueva de que el papa Paulo III, á instancias del emperador Carlos V, había establecido en 1547 la sede episcopal para toda la península de Yucatán.¹ Desde 1548, la iglesia parroquial de Mérida comenzó á denominarse catedral,² y, probablemente á consecuencia del establecimiento de la diócesis de Yucatán, fué electo obispo de ella el ejemplar religioso Fray Juan de San Francisco, que, movido de un sentimiento elevadísimo de humildad, se juzgó privado de las dotes suficientes con qué ejercer tan elevado puesto, y lo renunció.³ A causa de esta renuncia, en sumo grado perjudicial á la causa religiosa en Yucatán, continuó su iglesia destituida de jefe propio, pues aunque erigida la diócesis, varios

¹ Palabra «Yucatán» *Diccionario de Moroni*, citado por Hernaes.

² Véase sobre esto el primer libro de bautismos del Sagrario de la Iglesia Catedral de Mérida, en la partida de bautismo de Elvira Ximena Alvarez, hija de Rodrigo Alvarez. Es esta la primera partida en que se da el dictado de catedral á la iglesia de Mérida.

³ Mendieta. *Historia eclesiástica indiana*, pag. 655. El Ilmo. Sr. Carrillo sostiene que Fray Juan de San Francisco fué electo obispo de Yucatán en 1541; pero esta aserción á nuestro juicio es equivocada. En 1541 aun la conquista no estaba concluída, y hemos visto que posteriormente al año de 1541, y hasta el año de 1545, Yucatán pertenecía al obispado de Chiapas, de modo que es inconcuso que en 1545 aun no estaba erigido el obispado de Yucatán. Las autoridades en que se apoya no son convincentes: Lorenzana no dice que en 1541 fué electo Fray Juan de San Francisco, sino que en esta fecha fue conquistada y pacificada la provincia de Yucatán; y que después de esta conquista y pacificación, se verificó la elección de Fray Juan de San Francisco. Mendieta no determina la fecha de la elección, y en cuanto á la tabla díptica de Yucatán, de seguro fué escrita bajo la influencia de una equivocación emanada de no haberse fijado en el sentido preciso de las palabras de Lorenzana: nos parece que Fray Juan de San Francisco debió haber sido electo después del año de 1547, en que se hizo la erección de la diócesis de Yucatán por Paulo III.

accidentes impidieron que hubiese obispo que tomase posesión hasta la venida del Illmo. Sr. Toral.

Así fué que la iglesia de Yucatán estaba sin obispo cuando el año de 1549 llegó al país el comisario general de la orden franciscana, Fray Francisco de Bustamante. Tuvo gran satisfacción en hallar á todos los religiosos de su orden en aptitud de evangelizar á los indios con aprovechamiento, pues todos habían aprendido la lengua maya, y estaban animados de ardiente zelo y fervorosa caridad. El 29 de Septiembre de 1549 presidió el primer capítulo ó asamblea de religiosos franciscanos en Yucatán, y fué electo superior de ellos Fray Luis de Villalpando, que sustituyó á Fray Juan de la Puerta, quien hasta entonces había fungido como jefe suyo con nombramiento emanado del comisario general de México: quedó entonces canónicamente fundada en Yucatán la orden franciscana, que tanta influencia debía tener posteriormente en la tierra: los frailes fueron repartidos en los cinco conventos ya establecidos de Mérida, Campeche, Conkal, Maní é Izamal.

Fray Juan de la Puerta fué encargado de la mision importante de ir á Madrid, con carácter de procurador, á solicitar que se enviasen otros misioneros que ayudasen á la conversión de la infinidad de indios idólatras que había, pues los pocos religiosos y clérigos existentes en el país no podían desempeñar tarea tan extensa y ardua como era la de enseñar y predicar la religión cristiana en los numerosos cacicazgos que cubrían la península y que estaban repletos de población. En efecto, la mayor parte de los cacicazgos estaban privados de sa-

cerdotes, por carencia de ellos del clero secular, el presbítero Lorenzo Monteroso era cura de la catedral de Mérida; el padre Francisco Hernández, de Campeche; y el padre Martín de Alarcón, de Valladolid: del clero regular, Fray Juan de la Puerta era guardian del convento de Mérida; Fray Diego de Béjar, del de Campeche; Fray Nicolás de Albalate, de Maní; Fray Luis de Villalpando, de Conkal; y Fray Lorenzo de Bienvenida, de Izamal.

La idea de enviar un comisionado á España con objeto de traer otros sacerdotes católicos fué bien acogida por el adelantado Montejo que no veía indiferentemente cuanto se relacionaba con la civilización de los indios. Aplaudió la elección que se había hecho de Fray Juan de la Puerta, y le dió cartas de recomendación para el emperador, los ministros del Consejo de Indias y amigos influyentes que poseía en la corte de España. Acompañado de Fray Angel Maldonado se embarcó el esclarecido sacerdote en Campeche, con dirección á Veracruz y México: en esta última ciudad visitó al comisario general, grande amigo suyo, á quien era conocida su virtud y prudencia. Impuesto el comisario general del motivo de su viaje, le alentó á emprenderlo, y mostrándole grande confianza, le encomendó otros negocios, y provisto de todos los recaudos convenientes, se embarcó en 1550 en la flota que salió de Veracruz para Cadiz.

Llegado á España, no descuidó un momento el importante objeto de su misión, y apenas hubo visitado al rey y á los miembros del consejo de Indias, y presentado sus peticiones, empezó á recorrer varios monasterios de la orden franciscana, tratando

de escoger los mejores religiosos de su orden, que fuesen en su compañía á Yucatán. El mérito real de este venerable religioso no pudo menos que llamar la atención del rey y de sus consejeros en aquellos días en que se trataba de elegir sustituto á Fray Juan de San Francisco, quien, á pesar del breve que le dirigió el papa Julio III, en 28 de Junio de 1552,¹ insistió en su renuncia, la cual, por consideraciones justas, fué aceptada. A nadie se juzgó mas apto para obispo de Yucatán que á Fray Juan de la Puerta, pues conocía el país, la índole de los indios y el carácter de los españoles vecinos de aquella porción de los dominios hispanos, y además era de todos muy estimado por su virtud: la sabiduría de que estaba dotado, acompañada de grande discreción y humildad, se revelaba á primera vista en su trato y comunicación. Todas estas razones indujeron al rey á proponerlo á la Santa Sede como obispo de Yucatán, y habiendo sido aceptado por el papa, se le confirió la dignidad episcopal, y fué preconizado obispo de Yucatán á fines del año de 1552.

Electo ya obispo, dobló su celo á fin de conseguir un buen número de religiosos franciscanos que viniesen con él á la península de Yucatán á aumentar el número de obreros que trabajaban en la conversión de los indios al cristianismo. El rey coadyuvó á los deseos del venerable obispo, y con su auxilio pudo alcanzar que le diesen veinte frailes franciscanos destinados á Yucatán: lleno de júbilo con esta valiosa adquisición, hizo todos sus preparativos de viaje con intención de embarcarse en la flota que

¹ Hernaes, tomo II, parte VII, sección 1.^a

salía de Cádiz á fines de 1555. Desgraciadamente, sus deseos y proyectos fueron detenidos por la muerte, que vino á cogerle inesperadamente, emprendido ya el camino de vuelta en compañía de sus religiosos: falleció en Sevilla, en momentos de irse á embarcar para Veracruz. A causa de su muerte, el Illmo. Sr. D. Fray Pedro de Ayala, que acompañaba al Sr. la Puerta en su viaje, que fué testigo de su muerte y que acababa de ser electo para el obispado de Guadalajara el 28 de Agosto de 1555, se apresuró á dirigirse al comisario general de la orden franciscana, Fray Andrés de la Insula, y éste, obsequiando los deseos del obispo, ordenó que los veinte frailes que debían ir á Yucatán fuesen á Jalisco con el obispo Ayala.¹

En tanto que Fray Juan de la Puerta navegaba en 1550 rumbo á Cádiz, llegaba á la ciudad de Mérida el primer dean nombrado para su catedral, que lo fué el Señor Lic. D. Cristóbal de Miranda. El señor Miranda era un sacerdote joven, de veintisiete años, cuando pisó las playas yucatecas, y fué

¹ «con el nuevo obispo Fr. Juan de la Puerta proveía V. Alteza de veinte fraires que pasasen con él á las dichas provincias de Yucatán mas Dios que ordena todas las cosas á su voluntad fué servido de llevarlo para sí, y ansi no uvo efecto el buen deseo de V. A. que fué proveer de ministros, porque el obispo de Jalisco de Nueva-España, que a la sazón se hayó presente á la muerte del obispo de Yucatán que murió en Sevilla, envió al comisario general fr. Andrés de la Insula que le diese aquellos fraires que estaban para Yucatán, para su obispado de Jalisco, y ansi lo hizo, y descompuso un santo para componer á otros». *Carta de 3 de Abril de 1559 de Fray Diego de Landa, Fray Francisco Navarro, y Fray Hernando de Guevara, á los poderosos señores del Consejo de Indias.*—«ay en esta ciudad un monasterio de rreli-giosos de San Francisco, que fué el primero que se fundó en estas provincias por un rreli-gioso de la misma horden, llamado fray Juan de la Puerta, hombre docto y predicador que murió obispo electo de estas provincias en España.» *Relación del Cabildo de la ciudad de Mérida de 18 de Febrero de 1579.*

nombrado dean al mismo tiempo, ó poco después de la elección de Fray Juan de San Francisco; mas á diferencia de éste, aceptó la dignidad, y vino á establecerse á Mérida, donde prestó servicios importantísimos hasta su muerte, que acaeció cuando ya era de avanzada edad. Nos sirve para establecer la fecha de su llegada á Yucatán la declaración suya que dió en una información levantada en 1581, acerca de las ventajas de establecer un monasterio de monjas en Mérida. En efecto, hablando en dicha información el Sr. Miranda, el 22 de Diciembre de 1581, dijo: «que es verdad que había muchos conquistadores y personas principales y beneméritas que tenían muchas hijas, y que lo sabía porque hacía treinta y dos años que había entrado en la provincia»; y luego, respondiendo á la pregunta relativa á los artículos generales de la ley, dijo: «que era de edad de cincuenta y nueve años». ¹ La catedral de Mérida fué instituída como sufragánea de la metropolitana de México, y no tiene erección propia, pues no aparece que la hubiese hecho el primer obispo, y se rige así por la erección de la iglesia de México. El Señor obispo D. Fray Gregorio de Montalvo, asistiendo al concilio provincial de México, pidió á los padres del concilio que se le mandase compulsar testimonio de la erección de la iglesia metropolitana, para que la iglesia de Yucatán, como sufragánea, gozase de ella, y los padres del concilio defirieron á su petición, por lo cual el Doctor Juan de Salcedo, secretario del concilio, libró el testimonio y lo en-

¹ Testimonio de solicitud é información acerca de la conveniencia de fundar un monasterio de religiosas en la ciudad de Mérida.

tregó al obispo Montalvo, quien lo archivó en su secretaría episcopal, y posteriormente se sacó una copia destinada á la secretaría del cabildo eclesiástico. ¹ Desde entonces se ha regido la catedral de Mérida por la erección de México, con cinco dignidades, (Dean, Arcediano, Chantre, Maestrescuela y Tesorero), dos canónigos, dos racioneros, y seis capellanes de coro: la dignidad de tesorero fué posteriormente suprimida. En los primeros años después de la erección del obispado, la escasez de renta causó que de ordinario no se proveyesen todos los cargos del cabildo, el cual fungía á veces con solo dos ó tres miembros: el dean Miranda estuvo algunos años como único representante del cabildo eclesiástico.

¹ Providencia de 18 de Marzo de 1606, dictada por Fray Fernando de Nava, provincial de la orden de San Francisco y gobernador del obispado.